

1910. La celebración del primer centenario en Colombia

por

Eduardo Posada Carbó

Centro de Estudios Latinoamericanos, St. Antony's College, Universidad de Oxford

Cuando el reloj de la Catedral Primada de Bogotá marcó las doce de la noche, sus campanadas se confundieron «con una salva mayor de artillería, con el canto del himno nacional por el ejército y el pueblo acompañado por las bandas militares, con los silbatos de las locomotoras y las fábricas, con los repiques de campanas de todas las iglesias de la capital, y con los gritos entusiásticos de un inmenso gentío». Los balcones de las casas se encontraban adornados de «flores, banderas y gallardetes tricolores», y en las calles, bajo una «admirable iluminación eléctrica», montones de gente desfilaban con «vistosas procesiones de antorchas». Era el júbilo del 20 de julio de 1910, cuando los colombianos celebraron el primer centenario de la independencia. Los festejos se habían iniciado el día 15 y se prolongaron hasta fines de mes —dos semanas de solemnes pero también alegres conmemoraciones, durante las cuales Bogotá se llenó de visitantes de las provincias—.

Desde 1907 se estableció una Comisión del Centenario para organizar los eventos, pero sus tareas estuvieron inicialmente rodeadas de cierto escepticismo frente al sentido de las celebraciones. A primera vista, el momento no parecía ser propicio.

Colombia recién se recuperaba del trauma de la Guerra de los Mil Días (1899-1902) que desembocó en la pérdida de Panamá. Elegido a la presidencia en 1904, el General Rafael Reyes había cerrado el Congreso y extendido su período en el poder. En 1909, sin embargo, sus ambiciones dictatoriales se vieron frustradas tras manifestaciones hostiles de amplios sectores políticos y sociales, que motivaron su decisión de abandonar el país. La caída de Reyes fue seguida de un breve interregno de ajuste institucional, presidido de manera interina por el General Ramón González Valencia, quien en 1910

convocó una Asamblea que reformó la constitución y eligió el 15 de julio a Carlos E. Restrepo como nuevo Presidente de la república. Los eventos del centenario coincidieron así con importantes cambios políticos, rodeados de incertidumbre. Adicionalmente, como lo explicó una circular gubernamental, la penuria fiscal no había permitido hacer grandes planes festivos, ni extender invitaciones especiales a los gobiernos extranjeros. Se quiso hacer «una fiesta de familia con la modestia que requerían las circunstancias». Sus organizadores se quejaban también de indiferencia general y falta de fe por parte de los ciudadanos durante la preparación de las conmemoraciones.

No obstante, la fiesta tuvo resultados inesperados, que superaron todo pesimismo y mal presagio. El 11 de septiembre, la Comisión le informó al Congreso que la nación había salido de su letargo para celebrar «con la majestad y alegría que la ocasión demandaba». Quizás sus buenos éxitos se debieron al horizonte de esperanza que se abría con el nuevo régimen político, inaugurado casi simultáneamente con las celebraciones. Un año después, el 20 de julio de 1911, Emiliano Isaza y Lorenzo Marroquín les presentaban a los presidentes del Senado y de la Cámara un libro magnífico que recogía el testimonio colectivo del homenaje a los próceres: *Primer centenario de la independencia de Colombia, 1810-1910*. Editado en la Escuela Tipográfica Salesiana de Bogotá, sus 420 páginas de textos acompañados de 240 fotografías ofrecen un valioso retrato de aquel festejo nacional, y sirven aquí de fuente principal en los intentos de responder a los interrogantes que este ensayo propone explorar. ¿Cómo celebraron los colombianos sus primeros cien años de independencia? ¿Cuál fue el significado de las conmemoraciones? ¿Qué impacto tuvieron?

I

El primer acto oficial de los festejos fue un homenaje a España, donde se rindieron tributos al fundador de Bogotá, Gonzalo Jiménez de Quesada y a figuras destacada de la colonia. Su mensaje, ante todo, era de conciliación. No había necesidad de volver a insistir sobre las heridas que dejara la independencia.

«La admiración por los hombres de la República no nos impide reconocer los altos méritos de los buenos mandatarios españoles», expresó Antonio Gómez Recuero, en nombre de la Comisión del Centenario, mientras admitía que la guerra de independencia había tenido muchas de las características de una contienda civil, de guerra entre miembros de una misma familia. Era también un mensaje de hospitalidad a la colonia de inmigrantes españoles, a quienes

no debía tratarse como extranjeros, pues España tenía «un hogar propio en cada una de las nacionalidades que brotaron de su seno».

En varios discursos se reivindicó la obra de España y su legado en América. «Deudores somos de nuestra civilización a la madre España», expresó el canónigo Rafael María Carrasquilla, en su oración en la basílica menor de la Catedral el 20 de julio. El dominio de la lengua recibió especial atención en la disertación de Marco Fidel Suárez, quien destacó la importancia de estudiar el castellano, un «“hervir hervidor”... por el espacio de siglos y siglos, y no sólo en la nación de origen sino bajo un cielo nuevo y en una tierra nueva». Los reconocimientos de lazos comunes con la antigua metrópoli no excluyeron manifestaciones críticas del pasado colonial. La conquista —observó Ramón Gómez Cuellar en la Academia de Jurisprudencia—, había sido «una historia de sangre... El exterminio de una raza inocente... constituirá siempre para quienes aún conservamos huella de esa sangre, el atentado más injusto que se puede cometer en nombre de la civilización».

Aquel mensaje inaugural de conciliación con el pasado colonial fue marginal frente a los valores centrales que quisieron resaltarse en los festejos conmemorativos: los ideales de libertad e igualdad que representó la independencia, los anhelos de progreso y bienestar, y la urgente necesidad de consolidar la paz.

Por supuesto que el centenario fue una justa ocasión para recordar a los precursores, héroes y mártires de la lucha emancipadora. Durante las dos semanas de festejos se dedicaron actos especiales a sus más destacados protagonistas, con inauguraciones de bustos, estatuas y retratos, en ceremonias solemnes a las que concurrió un gran público. Los escenarios fueron variados. En el Parque del Centenario se inauguró un busto de Camilo Torres, el autor de la representación del Cabildo de Santa Fe a la Junta Central en 1809 que vino a conocerse como el *Memorial de Agravios*. El día 22 se rindió tributo a Francisco de Paula Santander en el parque de su nombre, al que adornaron con guirnaldas, banderas y gallardetes tricolores. La Plaza de Bolívar presentaba un aspecto «imponente y majestuoso» el 24 de julio, cuando tras una misa campal se colocó la corona de oro del Cuzco en la estatua del Libertador. Días después, en el barrio de las Aguas, sus vecinos recibían el busto de la heroína popular Policarpa Salavarrieta con «lluvia de flores lanzadas por las niñas de las escuelas». El 31 de julio, para cerrar las celebraciones, se inauguró un monumento a los héroes anónimos en el Parque de la Independencia. Otros homenajes tuvieron lugar en recintos cerrados, como el realizado en la Academia Nacional de Medicina para recordar a los hombres de ciencia sacrificados durante la independencia: Francisco José de Caldas, José Joaquín Camacho, Jorge Tadeo Lozano, Miguel de Pombo, los miembros de la Ex-

pedición Botánica que «fueron fusilados por la espalda en 1816 por el feroz pacificador Morillo».

Las inauguraciones de monumentos heroicos tenían, claro está, el fin de rendir homenaje a los padres y libertadores de la patria. Era el sentido de las festividades, en muchos de cuyos actos fue notable la presencia del ejército y de la iglesia católica. El 20 de julio se cantó un tedeum, seguido de la oración del canónigo Carrasquilla, para quien la iglesia había sido «civilizadora de nuestra nación, la libertadora de nuestra patria, la fundadora de nuestra república». Según Frédéric Martínez, «las fiestas del Centenario aparecen ante todo como una empresa de catequización nacionalista y católica en torno a algunos ídolos de bronce y al poder cohesivo de la Iglesia». Sin embargo, la lectura de los discursos en aquellos actos conmemorativos revelan significados más amplios. Por encima de cualesquiera remembranzas bélicas y gloriosas, o de alusiones al Dios de los colombianos, sobresalía en ellos el espíritu civil y republicano de la independencia.

Los homenajes a los ídolos de bronce adquirían así valores simbólicos singulares. El tributo a José Acebedo y Gómez, cuya voz interpretó el sentir del movimiento del 20 de julio, se confundió con un tributo a la soberanía popular. «Porque los que como él rompieron la coyunda española —señalaba Antonio José Iregui—, cuál con la pluma, cuál con la espada, lo hicieron para constituir un gobierno de todos, por todos y para todos, en el que ningún hombre, secta o partido pudiera perpetuar la usurpación de la soberanía común». Los ecos del «tribuno del pueblo» —como se llamó a Acebedo y Gómez— reiteraban también el principio de la igualdad. El símbolo de 1810 significaba que en Colombia no debía «haber señores ni pecheros, ni encomiendas políticas, ni resguardos sectarios», significaba «brazos emancipados del privilegio y el monopolio». Como Acebedo y Gómez, Iregui invocaba la unión de todas las clases, una afinidad que implicaba «igualdad de derechos, de deberes sociales y políticos, ante la ley, ante la urna...». Tales reivindicaciones eran al tiempo reclamos: «perezca pues el espíritu feudal, y vuelva a irradiar el ideal que dio la victoria de Boyacá».

Entre los héroes de la independencia, la figura central de los sucesivos homenajes fue Antonio Nariño, el traductor de la *Declaración de los Derechos del Hombre* en 1794, quien sobresalió entre los gobernantes más notables de la Nueva Granada durante la primera república (1811-1815), y propagó el ideario emancipador en *La Bagatela*, periódico que fundó en 1811. En un día, la Sociedad Tipográfica donó un busto del precursor al concejo de Bogotá; en otro, se exhibió la imprenta en que publicó los *Derechos del Hombre*. La inauguración de la estatua de Nariño el 20 de julio fue la principal solemnidad del Centenario. El acto fue precedido de una procesión cívica, encabezada

por un grupo de mujeres, seguidas del Presidente de la república y demás representantes del alto gobierno, el cuerpo diplomático, los miembros de la Asamblea Nacional, la Corte Suprema de Justicia, el Concejo de Bogotá, las academias profesionales, las sociedades literarias y de beneficencia, la Escuela Militar, miles de niños de los colegios públicos y los asistentes a un Congreso de Estudiantes de los países de la Gran Colombia reunidos para la ocasión en Bogotá. La procesión, acompañada de una notable multitud, salió de la Plaza de Bolívar e hizo un breve recorrido hasta la Plaza de Nariño, donde, alrededor de la nueva estatua, los oradores —el liberal Carlos Arturo Torres y el conservador Hernando Holgín y Caro— evocaron el papel de Nariño en la difusión de la declaración los *Derechos del Hombre* como «una de las mayores reivindicaciones de la dignidad humana». Con ese homenaje, se buscó reivindicar la memoria de Nariño en su doble condición de precursor, tanto de la libertad como del orden.

La participación activa de las academias profesionales y de las facultades universitarias le dio a los festejos una marcada dimensión cultural. En unas y otras se escucharon conferencias magistrales sobre los temas asociados con la independencia. En la Academia de Historia, Rafael Uribe Uribe disertó sobre los antecedentes del Cabildo Abierto de 1810. En la de Jurisprudencia, Ramón Gómez Cuellar examinó las consecuencias constitucionales de la independencia. En la de Medicina, Rafael Ucrós habló sobre la «Historia de la Medicina Nacional». Estas sesiones solemnes eran ocasiones propicias para reiterar el ideario independentista. Gómez Cuellar, por ejemplo, hizo un extenso análisis de la evolución de las libertades públicas y los derechos individuales en Colombia, originados en el movimiento emancipador. Al repasar la historia del cabildo abierto, Uribe Uribe se dolía de que en cien años el país no hubiese acertado en darse un gobierno municipal, mientras sugería «restablecer el gobierno del pueblo por el pueblo en el Municipio».

Se organizaron además concursos de geografía, medicina, jurisprudencia e historia. Este último fue ganado por José María Henao y Gerardo Arrubla, autores de una *Historia de Colombia* convertida desde entonces en el texto clásico de historia bajo el cual se educaron varias generaciones en las décadas subsiguientes. En el Parque de la Independencia se construyó el Pabellón de Bellas Artes, donde se exhibieron obras de artistas nacionales y los premios de pintura, como el otorgado a *El baño* de Eugenio A. Zerda. El día 26 se dedicó a la memoria del fundador del periodismo en la Nueva Granada, el cubano Manuel del Socorro Rodríguez, a quien la Prensa Asociada ofreció una sesión solemne que contó con la asistencia del Presidente electo, Carlos E. Restrepo. Y se desplegaron esfuerzos para que las expresiones de la cultura llegasen a un público popular. Hubo funciones de ópera a precios rebajados

en el Teatro Colón, y gratis en el Variedades, mientras la música alegraba uno y otro día las plazas públicas.

II

Como fiesta cívica, el centenario evocaba los valores del pasado pero con miras en el futuro.

La obra que atrajo más aplausos, informó después un documento del gobierno, fue el arreglo del Parque de la Independencia donde, además del pabellón de Bellas Artes, se construyeron otros edificios para la Exposición Industrial y Agrícola, apreciada con halagos no desprovistos de sorpresas. En vista de los problemas económicos, como lo observó el Presidente González Valencia al abrir la Exposición, era alentador presenciar «bienes que el país ha cosechado... los adelantos obtenidos», así como «los que puede alcanzar a la sombra de sabias instituciones».

El despliegue de productos era variado y proveniente de diferentes regiones: telas de lana y algodón fabricados en Samacá y Antioquia, azúcar de Bolívar, petróleo de las minas de Tubará y gasolina de Cúcuta, mármoles de Sáchica, jabones de Barranquilla, o calzados de Cartagena, aunque sobresalía la riqueza industrial de Bogotá. Y, en medio de tal desarrollo manufacturero, la exposición comprobaba además el predominio del sector agropecuario en la economía nacional. Estas muestras de logros materiales fueron acompañadas de manifestaciones de fé en el progreso, a veces con exagerado patriotismo. En su discurso sobre *El Porvenir de Colombia*, ante la Sociedad de Geografía, el dirigente liberal Rafael Uribe Uribe describía un país de riqueza inagotable, dotado con «tal exuberancia de recursos» que podía considerarse «esta tierra como única en el mundo». No todos compartían tan desbordado entusiasmo ni tanta complacencia. «Nos hemos retardado en el camino del progreso», advertía Pedro Carlos Manrique al subrayar las dificultades del desarrollo nacional, «porque esa vía es para nosotros más abrupta, más escarpada, más dolorosa que para las otras naciones. Necesitamos, en consecuencia, mayor suma de energías para la lucha por la vida».

Si bien la feria industrial y agropecuaria sirvió de ocasión para alabar el espíritu empresarial y los esfuerzos del sector privado, el centenario se caracterizó por el empeño de sus organizadores en motivar el espíritu público. A fines del 1909, la Comisión se había dirigido a todas las municipalidades, exhortándoles para que celebrasen «dignamente nuestra independencia, prefiriendo las obras de utilidad pública, para proveer de agua abundante a la población». Un informe del gobierno señaló que, en muchos distritos, el 20 de

julio se habían inaugurado edificios escolares, bibliotecas, museos, casas consistoriales, hospitales, plazas, mercados, y puentes, entre otras obras de utilidad general. Quizá exageraba. Pero ciertamente durante esos días de festejos en Bogotá, se inauguraron el acueducto de Chapinero y una fuente pública en la Avenida Colón que serviría de abrevadero y se mostraba como «modelo para construir otros que hacen falta en la capital». Eran de cualquier forma esfuerzos modestos, a ratos como expresiones caritativas en una sociedad donde el predominio de la Iglesia Católica era notable. La comunidad de San Vicente de Paul patrocinó la construcción de casas para obreros que se inauguraron el día 25. El 20 de julio el Concejo de Bogotá ofreció un almuerzo «a los asilados y a los pobres de las casas de beneficencia de la ciudad», en el que «señoras distinguidas y caballeros principales» sirvieron «personalmente a los pobres el almuerzo tal como no siempre se da en las casas de los ricos». El espíritu público se animó también con la proclamación de la Fiesta del Árbol, el día 27, cuando miles de niños sembraron una alameda en la Avenida Boyacá.

Ya se hicieran homenajes a los héroes o se pensara en el progreso, las celebraciones conmemorativas estuvieron acompañadas de un sentimiento reflexivo frente a un pasado de frustraciones.

Sin grandilocuencias, el Presidente González Valencia insistió una y otra vez en la necesidad de aprovechar el momento para «saludables meditaciones». Sus palabras no eran las del aguafiestas, pero tampoco las de un optimista ciego. Su alocución ante la estatua de Bolívar, el 20 de julio, estuvo dedicada a un «doloroso paralelo» entre los logros de los próceres de la independencia y los fracasos de la república. «¿Cómo parangonarlos con nosotros —se interrogaba— que habremos de entregar mañana a las nuevas generaciones la heredad mermada, manchada y empequeñecida por nuestras manos el tesoro de gloria que de las suyas recibimos intacto y puro?» Contrastó las labores benéficas de quienes emprendieron la «lucha generosa y fecunda» de la emancipación «con los frutos de nuestras locuras», y «con nuestras estériles y sangrientas luchas». A las virtudes de la independencia contrapuso «nuestros extravíos». Evocó a los fundadores de la patria «para aprender en ellos... cómo se lucha por la libertad y el engrandecimiento». González Valencia concluyó su discurso con una invitación a los colombianos para que acabaran con «todo pensamiento innoble, toda sombra de rencor», y lo reemplazasen por «un solo sentimiento generoso y fraternal». Este mensaje —de humilde vergüenza ante el pasado y de anhelos de paz hacia el porvenir— fue recurrente en las intervenciones presidenciales durante los festejos. Al inaugurar la Exposición Industrial y Agrícola, el día 23, el Presidente lamentó el «estado de abatimiento» del país en su centenario, que «encerraba un reproche por haber malgastado tantos y tan preciosos elementos, y una amonestación severa para que cambiemos de

rumbo». Mientras otras naciones se engrandecían, los colombianos habían «visto impasibles rodar al abismo de lo que fue, cien años de vida». Nuevamente el 25 de julio, González Valencia volvió a observar que la solemnidad del evento debía servir para que «en la nueva centuria independiente, el amor a la paz arraigue fuertemente en la conciencia popular».

Este mensaje presidencial marcó el tono de las celebraciones.

Estas no eran «una mera fiesta para rendir homenaje a los héroes y a los mártires y para exhibir plausibles adelantos materiales», expresó Adolfo León Gómez, presidente de la Academia de Historia. Estaba en juego «algo muy trascendental»: «cumplir el deber de asegurar las redenciones del futuro». Esta era, para Gómez, una «fiesta de paz, de civilización y progreso» que tomaba lecciones del pasado. La independencia de 1810 había sido el «mandato de otra nueva y más indispensable independencia», una que debía acabar con el «yugo aun más odioso de la pasión política, de las preocupaciones y la ignorancia y de las dictaduras feroces de partido». El General Benjamín Herrera, uno de los líderes del liberalismo en la Guerra de los Mil Días, se sumó a este mensaje de paz, al pedir —como orador en uno de los actos— que se acabaran los resentimientos y los odios. De manera simbólica, Herrera hablaba entonces en nombre del Presidente electo, Carlos E. Restrepo, miembro del bando contrario durante aquella guerra. En estas fechas solemnes, decía Herrera, el mejor tributo a las glorias del pasado era deponer «las intransigencias, generadoras de nuestras frecuentes luchas armadas». Para alimentar las esperanzas en el porvenir, había que sentar las bases de un gobierno que fuese, «por la amplitud de sus miras y la alteza de sus propósitos, representante fiel de una democracia libre, ordenada y progresiva».

Tales anhelos de paz, manifestados por dirigentes políticos, eran quizás mayores entre los empresarios. Para alcanzar el progreso —señalaba Carlos Michelsen al abrir la Exposición Industrial y Agrícola—, «necesitamos únicamente un elemento que, durante el siglo de independencia, no nos ha sido posible adquirir... Me refiero a la falta de seguridad, proveniente de constantes luchas políticas». Allí se encontraban las causas del atraso y la miseria. Según Michelsen, había que consagrar «todas nuestras aptitudes, todos nuestros perseverantes esfuerzos a darnos seguridad»; lo demás vendría «por añadidura». Otro empresario, Alberto Samper —miembro de la compañía de electricidad que suministró gratis la iluminación de la ciudad durante las fiestas— también lamentó las «lides bárbaras de las guerras civiles» de la centuria pasada. En su presentación del Quiosco de la Luz, construido en el Parque de la Independencia, Samper pedía que se sustituyesen aquellos conflictos civiles por los «de la competencia en el trabajo, libre de monopolios, bajo el imperio de la ley que garantice la igualdad para todos».

Tras concluir las fiestas, el libro oficial publicado en memoria del primer centenario hizo eco, en su introducción, a los mensajes reflexivos que acompañaron los diversos eventos conmemorativos. «Estamos en el deber de sacudir el yugo onerosísimo de nuestros propios errores», escribió allí Guillermo Camacho. Sus palabras proyectaban ese sentimiento de culpa colectiva, interpretado por el presidente de los colombianos, y expiado por unos y otros durante aquellos días de celebraciones cívicas: «el empleo constante de las armas, acostubrándonos a los desquites trágicos y a vivir dentro de un sistema de excepción y de violencia, no nos ha dejado tiempo de confiar la solución de nuestras dificultades naturales a la acción lenta, pero eternamente vencedora del trabajo». Sin embargo, ahora parecía existir un porvenir más prometedor. La paz —observó Camacho— permitía «entrever horizontes de esperanza».

En muchos sentidos, el centenario fue un festejo de paz democrática. Viejos rivales compartieron escenarios, donde las celebraciones adquirirían un profundo significado nacional, alejadas de cualquier espíritu partidista. Bajo un gobierno de transición conservadora, sus organizadores tuvieron el buen cuidado de incluir en el programa a notables líderes políticos e intelectuales de la otra ideología, como Benjamín Herrera, Rafael Uribe Uribe, Carlos Arturo Torres o Antonio José Iregui. El día en que se inauguraban las conmemoraciones, la Asamblea Nacional elegía como nuevo presidente a Carlos E. Restrepo, quien había liderado el movimiento contra la dictadura del general Reyes y prometía un gobierno de unión republicana, por encima de los sectarismos del siglo pasado.

III

Es difícil hacer un balance preciso del impacto que tuvo el centenario de 1910. Aunque la Comisión informó que ningún rincón del país había estado ausente de las celebraciones, el nivel de entusiasmo y participación fue variado. En Barranquilla, según las memorias del periodista Julio H. Palacio, el programa de festejos había sido muy pobre: «lo único digno de loa y mención fue la decoración u ornamentación del viejo teatro Emiliano». La colonia Siria había regalado una estatua de la *Libertad*. Otras ciudades celebraron quizá con más pompa las declaraciones absolutas de la independencia, Cartagena en 1911 o Tunja en 1913. Pero en Bogotá, fueron oficialmente diecisiete días de fiestas, muy concurridas.

Las fotografías de los actos conmemorativos —en el Arco de los Comuneros, en la procesión cívica en homenaje a Nariño o en la inauguración del busto de Antonio Ricaurte— ofrecen estupendos retratos de nutrida y

heterogénea participación social. Según la revista *El Gráfico*, más de tres mil personas se volcaron a la Estación de la Sabana para darles la bienvenida a las delegaciones de Ecuador y Venezuela que atendieron el Congreso Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia. Algunas sesiones solemnes en las academias se dirigían a selectos auditorios. Pero en su gran mayoría los eventos tuvieron lugar en espacios públicos que, al igual que las ceremonias en recintos cerrados, tenían propósitos públicos.

Hubo retretas en los parques, mientras bandas musicales recorrían las calles de la ciudad interpretando los himnos nacionales de los países grancolombianos. En algunos barrios se organizaron fiestas de mayor participación popular, como en San Victorino, Egipto o Las Cruces, donde se prendían fuegos artificiales, y en la noche del 31 una marcha con antorchas recorrió las principales calles de la ciudad, «y con ella se cerraron los festejos de los gloriosos días de julio», cuando se estimó que la población de Bogotá se había duplicado con tantos visitantes. Su impacto se amplió a través de numerosas publicaciones que reproducían sus ecos festivos. Además del libro conmemorativo oficial, la Comisión editó una *Revista del Centenario* durante las fiestas. El 24 de julio apareció en Bogotá el primer número de *El Gráfico*, revista semanal que en los siguientes seis meses dedicó muchas de sus páginas a los eventos dedicados a la conmemoración del centenario. En Medellín, la Sociedad de Mejoras Públicas publicó un álbum en memoria de las celebraciones, mientras que otros folletos con los mismos fines pero menos lujosos se publicaban en ciudades como Popayán, Manizales Ibagué o Bucaramanga.

Aquel centenario congregó a destacados líderes nacionales, muchos de ellos protagonistas de primera fila en la política colombiana de las décadas siguientes. Con la excepción de José Vicente Concha —entonces ministro plenipotenciario en Francia— todos los presidentes elegidos en Colombia entre 1910 y 1934 fueron oradores en alguno de los actos festivos: Carlos E. Restrepo (1910-14), Marco Fidel Suárez (1918-21), Pedro Nel Ospina (1922-26), Miguel Abadía Méndez (1926-30) y Enrique Olaya Herrera (1930-34). No todos compartían las mismas ideas. Hasta 1930, los conservadores mantuvieron dominio sobre el poder. Sin embargo, la atmósfera intelectual y política del período se desarrolló bajo la influencia del espíritu republicano que llevó a Carlos E. Restrepo a la presidencia, identificado en buena medida con el centenarismo.

La nueva generación de jóvenes que surgió a la vida pública desde 1910 se confundió con el centenario hasta adoptar su nombre. Su influencia en los destinos colombianos fue notable. Como lo reconocería Alfonso López Michelsen, años más tarde, la generación del Centenario le «dio su fisonomía civil y democrática a la República en que nos tocó vivir». Su «decisiva in-

fluencia» moldeó la cultura política nacional con «sello inconfundible» hasta mediados del siglo XX. Su tarea se proyectó en los más variados campos. En palabras de López Michelsen, había «una literatura centenarista, una política centenarista, una economía centenarista, una historia centenarista, una poesía centenarista, un bailado centenarista». Cualquiera fuese el campo, la generación del Centenario se caracterizó por defender los valores de la tolerancia y el civilismo, y por su fé en las capacidades nacionales para construir un porvenir próspero y de bienestar.

«Con la nueva centuria —observaba *El Gráfico*, el 6 de agosto de 1910—, el país está, si de veras honra a sus fundadores, intelectual y materialmente obligado a entrar en una vida de progreso». Esta exigencia de emprender una «vida nueva», por parte de una revista que nació en medio de las festividades conmemorativas de la independencia, era ampliamente compartida. Tal fue el sentido substantivo de las celebraciones, cuya importancia merece ser mejor apreciada. Los homenajes a los héroes no buscaron petrificar pasado glorioso o bélico alguno, sino identificar en ellos los valores de la república para completar un proceso que aún se consideraba trunco. La atmósfera festiva no fue de complacencias. Si se miraba a los últimos cien años, se hacía con bastante pesar por la pobreza de logros: se requería hacer el «arqueológico de nuestra vida independiente». Desde diversos sectores políticos y sociales, la mayor exigencia fue la de consolidar la paz para convertir en realidad los ideales de la independencia. No es posible comprobar empíricamente hasta qué punto las celebraciones inspiraron la confianza pública en el porvenir. Pero su espíritu se proyectó de manera extraordinaria en las décadas siguientes. La reforma constitucional de 1910 —de corte centenarista— sentó las nuevas bases institucionales que les permitieron a los colombianos gozar de una época prolongada de estabilidad, evolución democrática y crecimiento económico sin precedentes en su historia.

Mil novecientos diez, recordaría el escritor Germán Arciniegas, «fue el año de partida», el más singular entre los años del siglo que había vivido: «Toda Colombia se movía, buscándole nuevos rumbos al Estado». Arciniegas, ya en sus 96 años, no recordaba «otro en que se hubiera puesto tanta fé y confianza en una Colombia que recogió todo el calor de los días de lucha» de la independencia. Quienes como Arciniegas asistieron de niños a las fiestas del Centenario, quedaron «llenos de un ímpetu que no se nos ha muerto. Yo digo 1910, y tengo la impresión de haber nacido para Colombia en ese año».

BIBLIOGRAFÍA

- Arciniegas, Germán, “1910”, *El Tiempo*, Bogotá, 15 de agosto de 1996.
- Bernabéu, Salvador, “El desafío de la oportunidad: los centenarios americanos”, *Revista de Occidente*, 341 (Madrid, octubre de 2009).
- Cano, Luis, “Colombia”, Eduardo Poirier (ed.), *Chile en 1910. Edición del centenario de la independencia*, Santiago de Chile, 1910.
- Carrasquilla, Rafael María, *Oraciones*, Bogotá, Minerva, 1935.
- Colombia, Departamento de Boyacá, *Centenario de la independencia de la provincia de Tunja*, Tunja, 1913.
- Earle, Rebecca, “Padres de la patria y el pasado prehispánico: conmemoraciones de la independencia durante el siglo XIX”, ponencia presentada en el Foro Bicentenario Latinoamericano (Santiago, Chile, 2005), manuscrito sin publicar.
- El Gráfico* (Bogotá, julio-diciembre de 1910).
- Isaza, Emilio y Marroquín, Lorenzo (eds.), *Primer centenario de la independencia de Colombia, 1810-1910*, Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana de Bogotá, 1911.
- López Michelsen, Alfonso, “Apología de la Generación del Centenario”, *Cuestiones colombianas*, México, Impresiones Modernas, 1955.
- Martínez, Frédéric, “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910”, Gonzalo Sánchez Gómez y María Emma Wills Obregón (eds.), *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Bogotá, 2000.
- Nieto Caballero, Carlos Eduardo, “La Generación del Centenario”, *Escritos escogidos*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1984, vol 2.
- Palacio, Julio H., *Historia de mi vida*, Bogotá, s.f.
- Restrepo, Carlos E., *Orientación republicana*, Bogotá, 1972, Biblioteca Banco Popular, 2 vols.
- Torres, Carlos Arturo, *Idola Fori* (primera edición en 1909), en *Obras*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2001, vol. 1.
- Valencia, Guillermo, “Discurso pronunciado en Popayán el 20 de julio de 1810 al inaugurarse la estatua del sabio Caldas”, Valencia, *Discursos*, Bogotá, Minerva, 1935.

Fecha de recepción: 24/05/2011

Fecha de aceptación: 1/09/2011